

Sáb
27
Dic
2014

Evangelio del día

[Cuarta semana de Adviento](#)

Hoy celebramos: **San Juan Evangelista (27 de Diciembre)**

“Lo que hemos visto y oído ”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan 1, 1-4

Queridos hermanos:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó.

Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo.

Salmo de hoy

Salmo 96, 1-2. 5-6. 11-12 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1a. 2-8

El primer día de la semana, María la Magdalena echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Reflexión del Evangelio de hoy

Todo es gracia. Lo fue sobremanera el nacimiento de Jesús que celebramos anteayer y en cuyo “tiempo” estamos; lo fue san Esteban, ayer, como primer testigo y mártir por Jesús, el del nacimiento; y lo es hoy san Juan, el discípulo amado de Jesús adulto, y uno de sus inigualables testigos y seguidores.

Juan es Evangelista porque escribe el 4º evangelio; además, nos ha dejado tres Cartas y el libro del Apocalipsis, que, según la tradición, escribió desde su destierro en la isla de Patmos. Material más que suficiente para que sepamos bastante de él, de su forma de ser, y mucho de Jesús y de sus mutuas relaciones.

Juan, el amigo y confidente

Juan no nace hecho, Nace judío, como su hermano Santiago, y como tal, un tanto violento y fanático, de tal forma que ambos hermanos llegarán a ser apodados por Jesús “hijos del trueno” ((Mt 3,17). En otra ocasión, necesita ser amonestado ante los celos de un “exorcista” que, sin ser del grupo de los discípulos, expulsaba demonios. Jesús le dijo: “No se lo impidáis, porque quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí” (Mc 9, 38-40).

Pero, la vida, el contacto, hoy diríamos la “química” establecida entre Juan y Jesús produjo sus frutos y, poco a poco, pero siempre con pasos seguros, hizo que se convirtiera en uno de los discípulos predilectos, hasta llegar a apodarse él mismo “el discípulo a quien amaba Jesús” (Jn 13,23; 20,2). De tal forma que llega a ser uno de los confidentes más especiales:

- * En casa de Simón Pedro, cuando va a realizarse la curación de la suegra de éste, además de él, se hallan con Jesús únicamente Juan y Santiago.
- * En la casa de Jairo, Jesús no permite entrar sino a Pedro, Juan y Santiago y a los padres de la joven muerta que iba a ser devuelta a la vida.
- * En el momento de la Transfiguración, Jesús eligió entre sus desanimados discípulos a los tres predilectos, Pedro y los hermanos Juan y Santiago.
- * Finalmente, poco antes de comenzar la Pasión, cuando se retira al monte de los olivos, se lleva consigo sólo a los mismos tres testigos de la Transfiguración.

Juan, el testigo y mensajero

Además de sentirse amado, Juan se siente testigo y, cuando escribe, pide ser escuchado pensando en la Buena Noticia que tiene que transmitir. “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida, pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre” (I Jn 1-2).

Juan es, además, el mensajero del amor, o sea, de Dios, dado que “Dios es amor” (I Jn 4,9). Y, como prueba de ese amor, dice: “Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo único para salvarlo” (Jn 3,16). Y, para salvarnos, nos ha hecho hijos suyos: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos” (I Jn 3,1).

Este es el Dios que nos muestra Juan. Tan humano que se hace uno de nosotros, según celebrábamos anteayer. Tan “hermanado” que, al vernos tan necesitados y con tantas carencias, se ofrece como luz, pan, agua, camino, verdad y vida. Y tan divino, que nos hace hijos en el Hijo, mostrándose a través de las parábolas de Jesús, como el Padre que sólo quiere confianza y que, como Juan, nos fiemos de él totalmente y de por vida, para poder continuarla después de la muerte.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Juan Evangelista

Hermano de Santiago e hijos del Zebedeo. Uno de los tres predilectos de Jesús entre los Doce. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece siempre junto a Pedro (3-4; 8). Pablo lo considera como una de las tres columnas de la Iglesia: -Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas (Ga 2, 9), era considerado como el autor del Evangelio que lleva su nombre. De momento lo que mantenemos es que era evangelista. Entre los griegos la palabra designaba al anunciador de oráculos. En el Nuevo Testamento se aplica al anunciador de la Buena Noticia del Evangelio. Se impuso muy pronto en la Iglesia llamar evangelistas a los autores de los Evangelios. La revisión a la que debe ser sometida la palabra en cuestión obedece a que ninguno de los Evangelios ha salido de una única pluma ni de una única vez.

En los cuatro se detectan fácilmente vestigios de composición – distintas fases por las que pasaron antes de llegar al estado adulto en que hoy los poseemos- y un crecimiento progresivo que pone de manifiesto la maduración creciente fe cristiana y su confrontación con el entorno cultural en el que vivían las comunidades cristianas. Los evangelistas son portavoces de la fe de dichas comunidades y, como tales, revisores y adaptadores de la misma frente a las nuevas circunstancias, favorables o adversas, que iban surgiendo. Los evange-lios crecieron constantemente hasta el momento de su fijación definitiva por escrito. [...]

[...] Hoy se sigue hablando del Evangelio según San Juan y, consiguientemente, del evangelista Juan. Pero la obra, el cuarto Evangelio, es considerado como un documento teológico en forma de Evangelio que ha sido colocado bajo el patrocinio de San Juan Apóstol. Y San Juan Evangelista es la figura representativa a la que se acude como avalista del documento teológico más valioso del Nuevo Testamento. Mantenemos tanto el nombre como el título que lleva por razones tradicionales.[...]

Testigo de la fe original

[...] El autor del cuarto Evangelio no pertenece ya a la generación apostólica. Juan Evangelista -seguimos reservando este título para el autor del Evangelio- siente la distancia que le separaba del Jesús histórico y reflexiona sobre la misma con mayor intensidad que lo hicieron los sinópticos. Su reflexión se centra en dos momentos trascendentales: en la vida de Jesús y en la época posterior en que él vive. Y no debemos pensar que al evangelista le interese muy poco el Jesús histórico. Lo que pretende el evangelista es unir o armonizar ambos momentos, de tal manera que el primero -el relativo al Jesús histórico- siga siendo el fundamento del segundo y que éste se desarrolle profundamente, en admirable «inculturación», desde aquél.

El protagonista de su Evangelio es un viviente, ausente corporalmente de la comunidad y, al mismo tiempo, presente en ella y determinante de su vida. Los discursos de Jesús son, más bien, discursos sobre Jesús; las discusiones de Jesús con sus contemporáneos se convierten en las discusiones sobre Jesús, protagonizadas por el cristianismo naciente con el judaísmo que se le había enfrentado de forma violenta. Juan Evangelista se interesa por Jesús no como historiador, sino como cristiano y creyente, como teólogo, teniendo en cuenta la cultura y mentalidad tan distintas de sus nuevos destinatarios a los que había que hablarles en el lenguaje que ellos entendiesen. [...]

Felipe F. Ramos